

El retorno del sujeto y los nuevos paradigmas sociológicos

Contribuciones a una sociología del sujeto

*Margarita Castellanos Ribot**

RESUMEN

El artículo tiene los siguientes objetivos: *a)* reflexionar sobre la necesidad de que la sociología disponga de nuevos paradigmas a fin de recuperar el papel del sujeto en las sociedades contemporáneas; *b)* revisar la contribución de Guy Bajoit con su nuevo modelo sociocultural y su análisis del Gran ISA; *c)* recuperar la propuesta metodológica de Bernard Lahire a partir del trabajo con relatos identitarios que rescaten a los sujetos sociales en situaciones concretas de vida; *d)* analizar la noción de representación de Denise Jodelet y su esquema tripartita de pertenencia, así como la noción de horizonte como forma de expresión de identidad y pertenencia. Finalmente se señalan las ventajas que conlleva un paradigma que combine las tres propuestas analizadas.

PALABRAS CLAVE: paradigma sociológico, modelo sociocultural, tiranía del Gran ISA, sociología a escala individual, relatos identitarios, representación social, subjetividad, intersubjetividad, trans-subjetividad, horizonte social.

ABSTRACT

The article has the following objectives: *a)* to reflect on the need for sociology to deal with new paradigms in order to recover the role of individuals in contemporary societies; *b)* to assess Guy Bajoit's contribution with his new sociocultural model and his analysis of the Great ISA; *c)* to recover the methodological proposal by Bernard Lahire through working with identity stories that rescue social subjects in concrete life situations; *d)* to analyze the notion of representation by Denise Jodelet and her tripartite scheme of affiliation, as well as the notion of horizon as a way to express identity and membership. Last, the paper points out the advantages associated with a paradigm that combines the three proposals under analysis.

KEY WORDS: sociological paradigm, sociocultural model, tyranny of the great ISA, sociology at individual scale, identity stories, social representation, subjectivity, intersubjectivity, trans-subjectivity, social horizon.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

El objetivo del siguiente ensayo es triple: primero, analizar la contribución del sociólogo belga Guy Bajoit en relación con el modelo que desarrolla con el propósito

[...] de superar dos falsos debates en los cuales los sociólogos han estado –y aún están– largo tiempo encerrados: el que opone una sociología del consenso, llamada idealista, a una sociología de la dominación, llamada materialista; y aquel que opone una sociología de las estructuras, llamada determinista, a una sociología del actor, llamada “voluntarista” [Bajoit, 2008:277].

Segundo, recuperar la propuesta metodológica de Bernard Lahire para aprehender el nuevo sujeto social con sus implicaciones. Tercero, analizar el papel del sujeto en los nuevos paradigmas sociológicos, tanto en relación con el modelo de cambio social y cultural de Bajoit como en lo que respecta a la noción de representación social propuesta por Denise Jodelet.

Bajoit considera que el modelo que él propone y que está basado en la relación social –dado que desde su perspectiva la sociología es la ciencia que tiene como objetivo aprehender las conductas de los individuos a partir de las relaciones entre ellos– no separa sino que articula cuatro dimensiones: el idealismo, el materialismo, el determinismo y el voluntarismo, debido a que –de acuerdo con su planteamiento– toda relación implica al mismo tiempo un consenso cultural y una dominación social, así como condicionamientos estructurales y capacidad de acción. Por una parte, señala que la mayoría de los paradigmas de la sociología clásica nacen para dar respuesta a las principales interrogantes surgidas en la sociedad industrial: el orden, el control y la cohesión social, durante un periodo de transformación de estructuras e instituciones.

Por otro lado, explica que frente al tema del cambio los pensadores sociales recurrieron a dos grandes respuestas: el consenso –interiorización de reglas normativas, las leyes; y de valores, sistemas colectivo de creencias como la religión y la educación– y la dominación –control de un grupo sobre el conjunto social por medio de la alienación o de la fuerza. Como respuesta a estas interrogantes sobre el vínculo del individuo con el mundo que implica el problema de la integración social, las explicaciones en sociología se dan a partir de los condicionamientos sociales.

Explica cómo la sociología clásica no estaba preparada para cambiar su punto de vista sobre la sociedad dominado por los paradigmas estructurales –Durkheim y su paradigma integracionista; Marx y su paradigma de la alienación–, sino que en ambos paradigmas la explicación de la conducta de los individuos está condicionada por estructuras sociales ajenas a su voluntad. El individuo tiene que cumplir con sus roles sociales y debe ser un buen padre, un buen hijo, un buen marido, un buen ciudadano. De esta forma, el sujeto-actor no existe para Durkheim, mientras que el planteamiento de Marx es aún más determinista: la lucha de clases se da al interior de las fracturas de poder. Al mismo tiempo que los individuos se someten al peso de las estructuras. Marx enfatiza el peso de los condicionamientos sociales sobre la existencia y su propuesta de toma de conciencia sólo es posible a partir de las fisuras de las estructuras socioeconómicas. Como resultado, el individuo actúa no como sujeto sino como actor colectivo.

Al lado de los paradigmas estructuralistas están los accionistas como el interaccionismo simbólico y la Escuela de Chicago, que plantean que el actor social puede intervenir sobre sus condiciones de existencia y que reconocen las capacidades de acción de individuos que persiguen intereses particulares. Como ejemplo de este paradigma tenemos a Weber y su teoría de la acción social, que explica cómo un individuo se hace miembro de un colectivo porque está en su interés. Sin embargo, nos asalta una pregunta: ¿de dónde viene este interés? Éste no es visto como proveniente del propio individuo sino del conjunto; es decir, el individuo no se transforma en sujeto de su historia, sino que se reduce a ser únicamente actor. En una versión más colectiva tenemos la teoría accionalista de Touraine, que explica que las acciones son vistas como resultado de luchas colectivas, de enfrentamientos. Más tarde, el sociólogo francés escribe su obra *Crítica de la modernidad*, en la que plantea que el actor social combina diferentes lógicas de acción o principios identitarios.

De acuerdo con Bajoit, los paradigmas de la sociología clásica descansan en un postulado antropológico que niega al individuo, que plantea la primacía de lo social sobre la individual. Estos puntos de vista –con los que hemos analizado las sociedades hasta ahora– son concepciones sociocéntricas. El paradigma estructural funcionalista (Durkheim), plantea la interiorización de normas, la

integración a roles, a instituciones; parte de que el individuo acepta las normas sociales que se le transmiten a partir de su socialización, del cumplimiento de un rol social. El paradigma utilitarista o del contrato social –como el interaccionismo simbólico– se refiere a individuos que persiguen sus intereses, que buscan maximizar ganancias y reducir costos. El paradigma marxista, por otro lado, plantea las relaciones de dominación de una clase sobre la clase popular. Por su parte, el paradigma del conflicto explica que el orden social es el resultado de las relaciones de fuerza, de los enfrentamientos entre los movimientos sociales y que son las acciones críticas las que orientan a los individuos que no acaban de transformarse en plenos actores sociales.

Estos paradigmas –el de la integración, el de la alienación, el del contrato y el del conflicto– carecen de explicaciones de cómo las estructuras sociales producen acciones, al no saberse cómo es que el individuo interviene; se trata, para Bajoit, de una especie de caja negra. Aquello que interviene entre la estructura y la acción, la mediación del sujeto para procesar el condicionamiento social, no es explicitado. Sin embargo, en esta caja negra no está únicamente el individuo condicionado social y biológicamente, sino que para saber qué es lo que ocurre, para iluminar la caja negra, hay que incorporar también la dimensión psicológica, tal como lo propone Vincent de Gaulejac, ya que el individuo actúa como ser biológico, social e individual.

La crisis de la sociología ocurre a partir de que el modelo neoliberal se instala a escala mundial y que el sentido mercantil se apropia de los espacios públicos como la salud y la educación. Pero este proceso no es únicamente un cambio ecotecnológico, sino que viene acompañado de cambios en los referentes culturales, en el modelo cultural, en palabras de Bajoit. Estos cambios produjeron en la sociedad mutaciones técnicas, económicas, políticas y sociales que colocaron al individuo frente a nuevos roles. En consecuencia, la sociología tiene que incursionar en la filosofía, en la psicología, en el psicoanálisis para ver cómo el individuo logra escapar de los condicionamientos sociales y recuperar la capacidad de actuar sobre su existencia: volverse sujeto de su propia existencia. Es entonces que aparecen autores como Alfred Schutz, George H. Mead, Georges Simmel, Norbert Elias y Pierre Bourdieu, quienes antes de ser sociólogos fueron filósofos. También encontramos al Alain

Touraine de los últimos quince años, quien hace a un lado su teoría de la acción y propone su sociología del sujeto.

Para Danilo Martuccelli, el rodeo por el individuo no es una novedad teórica:

Desde la década de 1960 un conjunto de corrientes de la sociología estadounidense puso en cuestión la armonía establecida a través del modelo del personaje social entre la sociedad y el actor. La fuerte correspondencia entre las dimensiones subjetivas y objetivas fue el blanco predilecto de las críticas. Pero dentro de este acuerdo crítico las variantes han sido importantes: entre la visión goffmaniana de la dinámica entre el rol, la persona y el personaje (Goffman, 1971); el proyecto de los fenomenólogos por encontrar las bases de la acción en la conciencia (Schütz, 1972; Berger, Luckmann, 1968); la concepción de un actor reflexivo y hermenéutico en el interaccionismo simbólico (Blumer, 1982); o la etnometodología y su concepción de los miembros de una sociedad como actores operando a través de un conjunto más o menos consciente de razones prácticas tácitas (Garfinkel, 1967) [Martuccelli, 2007:24].

La renovación parcial de la sociología viene de la crítica a la modernidad, al modelo de la sociedad moderna. Se propaga la idea que estamos entrando a la posmodernidad o a una segunda etapa de la modernidad. Entre los autores más destacados que se ocupan de la crisis del modelo cultural –el hombre solo frente a la sociedad– encontramos a Anthony Giddens, Edgar Morin, Gilles Lipovetsky y Peter Berger, para quienes las conductas sociales no se determinan tan directa o tan automáticamente como en las explicaciones anteriores. La sociedad es considerada como una construcción social continua, producto de los individuos como actores sociales. El cambio que se origina nos introduce a la era del bien individual en medio de una gran competencia, reaparecen los individuos como sujetos, se habla del hiperindividualismo. Aparecen Erving Goffman y su valoración del ego; Michel Foucault y su hermenéutica del sujeto; Giddens y su planteamiento de la modernidad con nuevos rasgos; Bourdieu y la histéresis que permite al individuo actuar sobre sus condiciones sociales; Jürgen Habermas y su acción comunicativa; los posmodernos y su énfasis en la fragmentación, el síndrome de la decadencia y la descomposición de los valores sociales.

Como consecuencia se pone de manifiesto el problema de la identidad y de cómo el individuo se las arregla para construir la suya en el marco de lo social. El problema mayor ya no es la neurosis (Freud) sino la depresión, no saber cuáles son las normas sociales. La sociedad es vista como una sociedad de riesgos que sume a los individuos en un estado de angustia, de depresión. Bernard Lahire y François Dubet señalan que no existe un principio articulador sino múltiples experiencias a las que estamos sometidos a partir de la socialización en sus distintas esferas. En Francia aparece una corriente encabezada por Vincent de Gaulejac y su sociología clínica –sociología del malestar, de los sufrimientos y de la vergüenza– que busca desaparecer la frontera entre la psicología y la sociología. A partir de que la sociología cambia sus planteamientos en relación con el papel del individuo, se presenta la posibilidad de combinar el trabajo del psicólogo y del sociólogo.

Esta mencionada renovación de la sociología se desarrolla en el sentido de introducir al sujeto en el corazón de sus planteamientos, producir explicaciones de cómo el sujeto se produce a sí mismo, cómo las conductas de los sujetos se dan por el deseo cultural de producirse a sí mismos como individuos que negocian con los condicionamientos sociales, que buscan realizar transacciones a partir de éstos. La demanda de incorporar al individuo como principio básico de la explicación sociológica es reconocida hoy en día por sociólogos franceses (Bourdieu, Lahire), alemanes (Habermas), ingleses (Giddens) y americanos (Goffman) que buscan colocar al individuo como centro de sus explicaciones. ¿Cómo logran esto? Existe una divergencia en la manera de introducir al individuo y volverlo el principio explicativo de la sociología, ésta depende en gran parte de la forma de interpretar el cambio.

La crisis del modelo anterior lleva a un debilitamiento de los principios culturales que orientaban la vida social. Desaparece un principio organizador del sentido como tal. La fe en las virtudes de la modernidad y la creencia en el progreso, en el destino modificado por la fuerza de la tecnología, en el culto a la razón como Dios moderno producto de la revolución científica e industrial se ven superados y abandonados. La razón y el progreso se dejan de lado cuando se considera que dañan la naturaleza de los individuos y su derecho a realizarse como personas. Las nociones de igualdad, de civismo, de nación, empiezan a aparecer como agotadas.

En consecuencia se produce un vacío de normas, resultado del hecho de que los valores anteriores se han desgastado. Para Danilo Martuccelli, el paradigma de la sociología relacional que Bajoit desarrolla a partir de la década de 1990 apunta a una renovación de la idea de sociedad a la luz de los cambios fundamentales que se presentaron en el capitalismo de finales del siglo XX:

[...] su visión sociológica se presenta entonces como un *aggiornamento* de la idea de sociedad: el andamiaje de la sociología clásica es escrupulosamente respetado—poder, dominación, clases—, lo que varía es el modelo cultural —de tipo identitario— y es alrededor de él como se estructura teóricamente la unidad de la sociedad [Martuccelli, 2007:21].

¿Pero qué significa el concepto *relación social*, base de la sociología de Bajoit? Él mismo lo define:

[...] tanto como el producto de las estructuras y de la acción, como del consenso y la dominación. Así el concepto de relación social se convierte en un pilar fundamental sobre el cual se debe reconstruir la teoría sociológica que permitiera sobrepasar los debates en los cuales la sociología se había encerrado, y que en parte explican la crisis por la cual está atravesando esta disciplina [Suárez, 2007:138].

El proceso en el que el individuo se ve librado a sí mismo, empujado a inventar su existencia, trae consigo una sobrevaloración del ego que conduce al narcisismo, al hiperindividualismo. Los individuos dejan de creer que pueden conseguir la felicidad como parte de un colectivo y se ven solos, enfermos, replegados, cansados de sí mismos. Quienes consideran que tienen que arreglárselas por sí mismos para superar las pruebas a las que la sociedad los somete con frecuencia llegan a experimentar una gran nostalgia por el antiguo régimen. Para Guy Bajoit, el resultado es una entronización del individuo como sagrado y sus derechos como inviolables (Declaración de los Derechos Humanos).

EL NUEVO MODELO CULTURAL

Bajoit plantea que el nuevo modelo sociocultural es consecuencia de una serie de hechos, entre los que destaca: a) el papel que en las

sociedades de la información y la comunicación han desempeñado las nuevas tecnologías en las relaciones de poder y de dominación; *b*) la mutación social que ha significado el paso del Estado de bienestar o Estado providencial a un conjunto de prácticas liberadas a la lógica del mercado de acuerdo con el modelo económico neoliberal en el que la igualdad se abandona por la equidad; *c*) la mutación del orden económico-político debido al desmoronamiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la caída del Muro de Berlín, el surgimiento de tres grandes polos –Estados Unidos, Europa y Japón– y una redistribución del poder que ha permitido que países como China, India, Corea y Brasil adquieran relevancia; *d*) la mutación política que ha producido que la nación como espacio territorial de organización de la vida de las colectividades se haya visto sustituido por un gran proyecto económico internacional; *e*) la mutación de la conciencia ecológica, resultado de saber que nuestros recursos naturales no son inagotables, ha modificado nuestra relación con la naturaleza.

En el modelo propuesto por Guy Bajoit, las transformaciones en nuestras sociedades contemporáneas han traído transformaciones en el sistema cultural que han llevado a que se establezca la tiranía del Gran ISA (Individuo-Sujeto-Autor) y sus preceptos –sustitución de la tiranía de la razón– sobre la vida social. Su propósito es cuestionar los principios que definían el antiguo sistema cultural y plantear la aparición de nuevos principios que dibujen un nuevo modelo cultural. Por modelo cultural entiende

[...] el conjunto de principios de sentido que van más allá de los valores o creencias; se trata de aquello que define, orienta, determina y condiciona nuestras representaciones sociales, valores y normas de comportamiento [Suárez; 2007:139].

Estamos frente a los principios últimos de sentido; una especie de brújula cultural que guía las actividades humanas.

A fin de aterrizar el significado de esta mutación cultural, Bajoit se remite a plantear la evolución de los grandes valores conforme a una tendencia que elabora como síntesis de los resultados de las encuestas europeas, en torno a los valores, que se llevaron a cabo a partir de la década de 1980 y que muestran la siguientes tendencias: *a*) el gusto por la intimidad y por la convivencia; *b*) la búsqueda del

placer y de la realización en el trabajo; *c*) la desconfianza frente a la política, pero al mismo tiempo el regreso al civismo –preocupación por la solidaridad, la igualdad, el bien colectivo, el respeto al otro, la protección de la naturaleza, la seguridad y el orden–; *d*) el ocaso de las identidades territoriales; *e*) el desinterés por la religión; *f*) la tolerancia selectiva o la reciprocidad de las libertades individuales; *g*) el cuidado por uno mismo y el deseo de ser libre; *h*) la incertidumbre ética y la reflexividad (Bajoit, 2008:278).

De esta manera se ha conformado una nueva “Tabla de la Ley”, que consagra

[...] una serie de derechos-deberes como el de autorrealización personal, el de libre elección, el de la búsqueda del placer inmediato y el de seguridad frente a los riesgos y amenazas exteriores [Bajoit, 2009:9].

El cumplimiento de estos nuevos mandamientos genera una serie de tensiones psíquicas que afectan el equilibrio entre las zonas de su identidad como individuo y se traducen en trastornos psicológicos como depresiones y neurosis que el autor designa como nuevos malestares en la cultura que surgen por razones distintas a las señaladas por Freud:

[...] los mandatos del gran ISA engendran en nuestros contemporáneos una sobrevaloración, una inflación y una expansión de su identidad deseada [Bajoit, 2009:141].

En el mundo contemporáneo se vive en sociedades donde las exigencias de éxito personal son muy frecuentes, se interpela a los sujetos para que sean felices, consigan lo que quieren, consuman, no sufran; el sufrimiento ya no es valorado, ya no es considerado como legítimo. Pero al mismo tiempo que la sociedad crea expectativas muy altas entre sus miembros, las condiciones de existencia son muy desventajosas, el fracaso y la anomia acechan a la vuelta de la esquina. Con la brecha entre las expectativas y el nivel de lo alcanzado se produce una desaparición de normas, un rompimiento o resquebrajamiento de valores y, en consecuencia, la proliferación de acciones violentas o antisociales como la delincuencia y el narcotráfico. El cambio de modelo cultural se traduce en diferentes

tipos de comportamiento: *a*) quienes se adhieren al nuevo modelo cultural; *b*) los que se aferran al modelo cultural anterior; *c*) quienes se sitúan en medio: los anómicos.

El modelo social identitario propuesto por Bajoit, parte precisamente de una crisis de identidad, ya que ésta –vista como un conjunto de pertenencias sociales–, al implicar una gestión relacional del sí mismo, un trabajo de construcción identitaria, conlleva la aparición de tensiones entre la identidad deseada o realizada –lo que se *es* en este momento– y la identidad asignada –la que es producto del reconocimiento social. Bajoit plantea que en este afán de sometimiento a los mandamientos del “Gran ISA”, el individuo se ve frente al derecho-deber de formular un proyecto, elegir por sí mismo, apasionarse, experimentar placer, evitar riesgos, de lo contrario experimentará parálisis psíquicas, angustia existencial, sentimiento de vacío, de absurdo, incompetencia o incluso conductas de autodestrucción como fracasos escolares, somatización, alcoholismo, drogadicción, delincuencia, depresión y hasta el suicidio. Estos malestares son consecuencia de la incapacidad de construir una identidad comprometida, con lo que el “Gran ISA” ya no preconiza derechos sino deberes, mandatos, leyes. Lo que no habría que olvidar es que no necesariamente los individuos cuentan con proyectos personales, pueden disponer de recursos para llevarlos a cabo, encuentren pasión o placer en sus proyectos o lleven a cabo proyectos exitosos.

En esta transición entre el viejo y el nuevo modelo cultural de tipo individual –en este momento de transición en el que conviven el modelo cultural de tipo técnico y el nuevo modelo cultural que enfatiza la libertad, la capacidad del individuo de decidir– la sociedad tiene que generar conductas sociales que coincidan con las mutaciones culturales. La creencia de los individuos en su derecho a decidir por sí mismos, a disponer libremente de su cuerpo es cada vez más extendida, así como nuevas motivaciones en relación con los comportamientos y una serie de técnicas de gestión del sí mismo.

De esta concepción se desprenden la defensa del derecho al control de la natalidad, al aborto, a los tatuajes, a las perforaciones (*piercing*), a la homosexualidad, a la eutanasia, al suicidio, entre otras prácticas. Lo mismo sucede en relación con los campos del trabajo, la familia, la religión, la escuela, o en las relaciones de pareja, donde los individuos manifiestan sus deseos de ser sujetos de sus vidas

y donde este deseo se vuelve central. Aparecen interpelaciones a manera de consignas como: "realízate", "sé tú mismo", "elige tu vida", "tú decides", "pásala bien", "vive con pasión". Aunque también vale la pena rescatar que, al mismo tiempo, se hacen advertencias en torno a los riesgos que se corren: "cuida tu salud", "protégete con el condón", "utiliza el cinturón de seguridad", "si bebes no manejes", "fumar es nocivo", "come frutas y verduras", "visita al ginecólogo".

Por otra parte, resulta pertinente señalar que cuando el tejido institucional es más fuerte, aparece una mayor resistencia al modelo neoliberal y, por lo tanto, se presenta una mayor renuncia a abandonar las instituciones que procuran bienestar social. Mientras que en los espacios más vacíos del tejido social, donde éste está roto o no es tan denso, se abren resquicios u oportunidades para que emerja el deseo de cambio, de rompimiento con el *statu quo*, es decir, situaciones sociales en mayor consonancia con el nuevo modelo cultural.

Otros dos elementos a tomar en consideración son el hecho de que es a través de la globalización y de la *macdonaldización* como han penetrado las ideas del neoliberalismo y se ha mundializado el modelo cultural. Estamos frente a actores sociales como los padres, los grupos dominantes y sus aparatos ideológicos, los medios de comunicación masiva, las escuelas, la publicidad y la propaganda que nos imponen un modelo de vida consumista que sólo busca la autorrealización de los individuos.

En contraparte, la resistencia ha adoptado la forma de identidades étnicas, de nacionalismos, de identidades civilizacionales de mayor interés colectivo, de defensa de prácticas locales o regionales. Ha surgido una visión alternativa por parte de los grupos contestatarios, de movimientos sociales en germen como movimientos juveniles y feministas, tanto altermodernos como antimodernos, al mismo tiempo que han surgido creativos culturales que preconizan mayor sensibilidad ecológica, la paridad hombre-mujer. Estamos frente a sujetos innovadores culturales portadores de una nueva visión del individuo. Estos movimientos contestatarios presentan salidas que sustituyen el hiperconsumismo, el hiperconformismo, la anomia o la marginación en aras del alterconsumismo –el consumo racional frente al consumismo desmedido e individualizado– y el altercompetitivismo –individuos competitivos pero solidarios.

PERSPECTIVA METODOLÓGICA

En cuanto a la metodología propuesta a fin de recuperar el dónde, el cómo, el cuándo y el con qué consecuencias intervienen los recursos del sujeto, es necesario propiciar la construcción de relatos de los sujetos sobre sí mismos, ya sea en forma de entrevistas en profundidad, historias de vida, retratos sociológicos (Lahire), la sociología clínica (Vincent de Gaulejac), o la técnica del socioanálisis que recurre al psicoanálisis no en cuanto teoría sino como método para indagar sobre lo que hacen los individuos para ser sujetos y actores de sus existencia, particularmente en momentos decisivos en los que tienen que tomar nuevas orientaciones para liberarse de alguna forma del condicionamiento social que juzgaban alienante (Bajoit). Lo que se pretende es la elaboración de relatos identitarios que extraigan las razones escondidas –razones inconfesables por motivos ideológicos–, ocultas –razones inconscientes o pulsionales– o desconocidas –razones que se ignoran al haber sido introyectadas o interiorizadas por medio de la socialización.

Por otra parte, habría que recordar que en estos últimos quince años en que ha habido un ascenso en el predominio del tema del individualismo, éste se ha traducido en una individualización del enfoque sociológico que se ha situado, a veces, en el ámbito de las prácticas y del orden objetivo de la sociedad y, otras veces, en el de las representaciones sociales de los actores. De acuerdo con Bernard Lahire, el carácter jerárquico de una sociedad donde la cultura tiene el rol de cumplir con las funciones sociales de legitimación de los grupos dominantes, éste no debe ser aprehendido como resultado de simples mecanismos de distinción cultural de sociedades divididas en clases a partir del estudio de categorías, grupos o clases, sino que debe ser estudiado en el ámbito de sujetos socialmente determinados por sus relaciones con los individuos más cercanos –familiares, amigos, compañeros de trabajo– o lejanos –encuentros ocasionales, influencia de periodistas, críticos, conductores de radio o de televisión, líderes sindicales o de partido– o por los grupos o clases de pertenencia.

Lahire plantea que las categorías de percepción y de clasificación –el *habitus*, de acuerdo con Bourdieu– son el producto cristalizado de múltiples diferencias sociales –entre grupos, clases, sexos y generaciones– y particularmente resultado de la interiorización de

los principios de división que corresponden a universos socialmente jerarquizados, ubicados en el contexto de la vida cotidiana de sujetos singularizados, en el momento actual a diferencia de momentos o periodos anteriores o que responden a otras circunstancias.

Su propuesta en torno al espacio de las investigaciones se constituye a partir de las

[...] especificidades de nuestros universos con fuerte diferenciación, con autonomización de dominios o de esferas de actividades, es decir, individuos que atraviesan contextos (micro o macro) o campos de fuerza diversos: una sociología a escala individual que analiza la realidad social teniendo en cuenta su forma individualizada, incorporada, interiorizada; una sociología que se pregunta cómo la diversidad se hace cuerpo, cómo experiencias socializadoras diferentes y a veces contradictorias, pueden (co)habitar (en) el mismo cuerpo, cómo tales experiencias se instalan más o menos duraderamente en cada cuerpo y cómo intervienen en los distintos momentos de la vida social o de la biografía de un individuo [Lahire, 2004:735].

LAS REPRESENTACIONES SOCIALES Y EL SUJETO

Finalmente, queremos retomar el planteamiento de Denise Jodelet, quien explica que en los últimos años se ha registrado en las ciencias sociales –en la historia, en la sociología y en la antropología– un retorno a la noción de sujeto que ha inspirado un nuevo enfoque de la subjetividad en el campo de estudio de las representaciones sociales. Con este fin propone un esquema tripartito de pertenencia de las relaciones sociales que relaciona la génesis y las funciones de las representaciones sociales con tres esferas: la subjetiva, la intersubjetiva y la transubjetiva. Lo anterior con el propósito de analizar cómo interactúan estas esferas, qué es lo que ocurre en los intersticios que se producen en su entrecruzamiento y orientar el estudio del papel que desempeñan las representaciones sociales en las relaciones entre pensamiento y cambio social.

Lo que se suscita –a raíz de la interrogación que se origina en la relación entre la construcción teórica de las representaciones colectivas y sociales y el estudio de los fenómenos empíricos que les corresponden– es el estatuto –individual o social– que se le otorga al sujeto enunciador y productor de dichas representaciones.

Al igual que Bajoit, Jodelet señala que las coyunturas históricas y epistemológicas que marcaron el fin del siglo XX condujeron al cuestionamiento de los paradigmas hasta entonces dominantes. La autora plantea la asociación de la rehabilitación de la noción de sujeto al reconocimiento de la representación como fenómeno social de gran relevancia. Además, indica que la noción de sujeto, asociada a las ideas de individualismo, humanismo y conciencia, había sido rechazada, en su momento, por corrientes teóricas que se encargaron de diluir el sujeto –positivismo, marxismo, estructuralismo, posmodernismo, o la combinación de algunas de ellas. El sujeto se diluyó en las estructuras sociales, en la economía, en el lenguaje (coincidencia con Bajoit). Esos movimientos rechazaron el carácter ilusorio de una conciencia transparente para sí misma.

Por un lado, se denunciaba el hecho de que en psicología el behaviorismo había eliminado al sujeto en virtud de su identificación con la noción de conciencia, de caja negra inaccesible a la investigación científica. En contraparte, se señalaba el surgimiento de movimientos teóricos que develaban el hecho de que en las ciencias sociales el objetivismo reificador de los procesos sociales había reducido al mundo a un “teatro de marionetas”. Mientras que, en otra perspectiva, se consignaba que el paradigma marxista reducía al individuo a ser producto de una ideología de clase, se criticaba la idea de una conciencia libre disociada de sus condiciones materiales y se ubicaba al sujeto del lado de la falsa conciencia. En cuanto al estructuralismo, se consideraba que éste borraba al sujeto originario y fundamental al considerarlo como resultado de juegos inconscientes de orden psíquico, lingüístico y social. Por último el posmodernismo era calificado de anatema que reducía el sujeto, al sujeto cartesiano, a un sujeto unitario y sustancial.

En coincidencia con Bajoit, Jodelet apunta que –como consecuencia de la hegemonía de los paradigmas clásicos en ciencias sociales– se hicieron a un lado una serie de contribuciones que desde el campo del estudio de las representaciones sociales habían indagado en la dimensión subjetiva. Al igual que el sociólogo belga, señala que esta visión comenzó a cuestionarse con el fin de los “grandes relatos”, el desmoronamiento del imperio soviético y la emergencia de un pensamiento posmoderno que trajeron como consecuencia la rehabilitación del concepto de representación y la afirmación de la necesidad de un retorno a la idea de “sujeto activo y

pensante”, así como una nueva interrogación sobre el vínculo social. No obstante, el anterior movimiento –de acuerdo con Jodelet– no ha significado ni la divinización del sujeto ni su disolución, sino una nueva interrogación sobre el vínculo social. Más bien, ello ha implicado una escala de análisis más cercana a los actores sociales, donde lo cotidiano y las representaciones desempeñen el papel de palancas metodológicas que permitan interesarse más en lo instituyente que en lo instituido.

En virtud de este hecho, ha cambiado la manera en que el individuo ha sido conceptualizado en su relación con la sociedad. La relación individuo/sociedad, inicialmente formulada en términos de oposición entre actor o agente y sistema social o estructura, ha evolucionado en un sentido que aproxima, en su acepción, las nociones de actor y de agente, acercándolas a la noción de sujeto [Jodelet, 2008:43].

La autora –al igual que Bajoit– admite que el actor y sus conductas sociales, tanto personales como colectivas, pueden ser tanto el resultado de un sistema de normas dominantes que fijan su sentido como una desviación de éste, son moldeados por el proceso de socialización que da lugar a una serie de roles y estatutos al producirse en el seno de los lugares sociales ocupados por los actores sociales y atravesados por imperativos de poder y de lucha. Se trata de seres humanos que se vuelven agentes cognoscentes dentro de los límites históricos fijados por las condiciones sociales; es decir, los hechos sociales conllevan consecuencias que muchas veces no se pueden prever. De lo anterior se desprende la importancia de los modos de conocimiento que impulsan las acciones y, en consecuencia, de las representaciones sociales que pueden ser modificadas u orientadas a partir de modelos de intervención.

Es en este sentido que Jodelet recupera a Touraine, quien en *Penser autrement*, plantea la existencia de sujetos capaces de llevar a cabo una reivindicación identitaria, un deseo de reconocimiento para sí y para los otros: el derecho a tener derechos, la transformación de una conciencia de sí que se vuelve más fuerte que la conciencia de las reglas, de las normas y de las exigencias de los sistemas en los que viven y actúan. Enfatiza que con el arribo del tercer milenio ha habido un resurgimiento de la historicidad, el pragmatismo y los modelos interpretativos que preconizan el respeto por la complejidad

de los fenómenos sociales y la recuperación de la experiencia de los actores sociales considerados en su singularidad, con énfasis en el contexto particular que confiere sentido a esta experiencia.

Lo anterior la ha llevado a poner el acento sobre las estrategias simbólicas que determinan posiciones y relaciones y que constituyen, para cada clase, grupo o medio social, un ser constitutivo de su identidad, es decir, en los procesos simbólicos que rigen las relaciones sociales (nueva semejanza con Bajtó). Como consecuencia, habla igualmente de un nuevo paradigma, o de uno de orden subjetivista que, desde la perspectiva de Jodelet, posibilita que la sociología supere los *impasses* de la historia cuantitativa, al recurrir a nociones como experiencia vivida, sentido investido por los individuos a sus conductas y, por otra parte, a la objetivación bajo la forma de evidencia cotidiana y a la de interiorización referida al proceso por el cual las normas y los valores sociales son integrados en el espacio interior de los individuos (a la manera de Lahire).

Se refiere además a que el giro subjetivista en historia (de las mentalidades) y en antropología (cognitiva) ha abonado este movimiento de rescate del sujeto en las ciencias sociales. Desde otra perspectiva, la integración de los aportes del psicoanálisis y de las ciencias cognitivas

[...] ha orientado la atención hacia los procesos psíquicos y cognitivos que intervienen en las organizaciones sociales y estructuran la formación de las identidades de los sujetos sociales inscritos en un orden simbólico y político [Jodelet, 2008:47].

De este modo, las relaciones sociales no existen solamente entre los individuos, sino también en ellos bajo diversas formas.

LAS TRES ESFERAS DE PERTENENCIA SOCIAL DE LAS REPRESENTACIONES SOCIALES

De acuerdo con Jodelet, la noción de representación social puede contribuir de manera fundamental a consolidar el enfoque subjetivista, tanto desde un punto de vista teórico como práctico.

Las maneras en que los sujetos ven, piensan, conocen, sienten e interpretan su mundo de vida, su ser en el mundo, desempeñan un papel indiscutible en la orientación y la reorientación de las prácticas [Jodelet, 2008:50].

Con el fin de recuperar el hecho de que las representaciones sociales son fenómenos complejos que integran diversas dimensiones que deben conjuntarse en una misma aprehensión y sobre las que se debe intervenir conjuntamente, la autora propone un marco de análisis que sitúe el estudio de las representaciones sociales en el marco de la subjetividad. Su propósito es analizar las representaciones de los individuos y de los grupos en espacios concretos de vida y no limitarse al estudio de las representaciones de tal o cual objeto o a la simple descripción de los estados representacionales. Mediante su esquema delimita las tres esferas o universos de pertenencia de las representaciones a partir de su génesis y de sus funciones: el de la subjetividad, el de la intersubjetividad y el de la trans-subjetividad. Cabe mencionar que aunque su enfoque toma en cuenta el tipo de objeto de una representación, se centra en el sujeto pensante; éste no es concebido como individuo aislado, sino como actor social activo, preocupado por los diferentes aspectos de la vida cotidiana que se desarrolla en un contexto social de interacción y de inscripción.

En relación con la noción de inscripción, es pertinente subrayar que ésta comprende dos tipos de procesos sociales, cuya importancia varía según la naturaleza de los objetos y de los contextos involucrados. Por un lado está la participación en una red de interacciones con los otros, a partir de la comunicación social; por otra parte, la pertenencia social definida en diversas escalas: la clase o posición social, la inserción en grupos sociales y culturales que definen la identidad, las condiciones de vida donde se desarrolla la interacción social y, finalmente, el espacio social y público.

Señalemos a continuación la pertinencia e implicaciones de las tres esferas de análisis. En primer lugar, la noción de subjetividad nos lleva a considerar los procesos que operan en los propios individuos. Ello corresponde a incorporar los procesos por medio de los cuales el sujeto se apropia y construye tales representaciones. Estos procesos pueden ser de naturaleza cognitiva y emocional, y depender de una experiencia de vida en el mundo. Se trata, tanto

de estados de sujetamiento como de resistencia. El estudio de esta función expresiva de las representaciones

[...] permite acceder a los significados que los sujetos individuales o colectivos atribuyen a un objeto localizado en su entorno social y material, y examinar cómo tales significados están articulados a su sensibilidad, sus intereses, sus deseos y sus emociones, así como también al funcionamiento cognitivo [Jodelet, 2008:52].

La segunda esfera, la de la intersubjetividad, nos remite a situaciones que contribuyen a establecer representaciones elaboradas en la interacción entre sujetos en un contexto determinado, especialmente las negociadas y producidas en común mediante la comunicación verbal directa. Estamos frente a acciones como la transmisión de información, la construcción del saber, la expresión de acuerdo o de divergencia en torno a objetos de interés común, la interpretación de temas pertinentes para la vida de los participantes en la interacción, la posibilidad de creación de significados o de resignificaciones consensuales.

La esfera de la transubjetividad, por su parte, se compone de elementos que atraviesan tanto el nivel subjetivo como el intersubjetivo. Su escala abarca tanto a los individuos y a los grupos, como a los contextos de interacción, las producciones discursivas y los intercambios verbales. Se trata de una especie de medioambiente que cubre: *a)* las condiciones materiales de existencia; *b)* las estructuras de las relaciones sociales y de poder; *c)* las normas y los valores; *d)* el estado de las mentalidades o sistema de representaciones que orientan las prácticas colectivas y constituyen un vínculo social y de identidad colectiva; *e)* el espacio social y público donde circulan las representaciones sociales –medios de comunicación masiva, marcos institucionales, hegemonías ideológicas. Dada su circulación, las representaciones generadas de esta manera superan el marco de las interacciones y son asumidas por los sujetos sociales por adhesión o sumisión.

En cuanto a la noción de *horizonte*, ésta nos permite detectar cómo un mismo objeto o acontecimiento, situado en horizontes diferentes –uno externo o uno interno– da lugar a intercambios de interpretación y a confrontaciones de posición mediante los cuales los individuos expresan una identidad y una pertenencia.

Cada uno de los horizontes pone de relieve un significado central del objeto en función de sistemas de representaciones transubjetivas que son específicas de los espacios sociales o públicos dentro de los cuales se mueven los sujetos. Éstos se apropian de estas representaciones en razón de su adhesión y de su afiliación a estos espacios [Jodelet, 2008:57].

CONSIDERACIONES FINALES

De acuerdo con Jodelet, hablar del sujeto en el campo del estudio de las representaciones sociales –abordar las representaciones sociales como producto y productor de subjetividad– abre la perspectiva, ya que: *a)* se refiere a procesos que implican dimensiones psíquicas y cognitivas; *b)* retoma la reflexividad mediante el cuestionamiento y el posicionamiento frente a la experiencia; *c)* recupera los conocimientos y saberes autóctonos; *d)* incorpora la apertura hacia el mundo y los otros.

En consecuencia, se recupera el impulso de retorno del sujeto en ciencias sociales que ha implicado un retorno a la idea de sujetos activos y pensantes, a la reconceptualización de su relación con la sociedad, al reconocimiento de su potencial de decisión en cuanto a sus acciones y su voluntad de libertad, además de que se ha traducido en una afirmación de su singularidad. Los temas presentes en las discusiones contemporáneas –las maneras como se produce el cambio, la corrección de creencias considerados como inadecuadas o falsas, la valoración del sentido común, la concientización crítica de posturas ideológicas, la reinterpretación de las situaciones de vida y la puesta en perspectiva de las posiciones en función de un análisis de los contextos de acción y del punto de vista de los autores– han repercutido en una vuelta al cuestionamiento de lo que ocurre con el sujeto y a una emergencia de la subjetividad como trabajo de reflexión y de elección.

Consideramos que el esquema tripartita de pertenencia de las relaciones sociales de Jodelet que vincula la génesis y funciones de las representaciones sociales con lo subjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo, la interacción entre estas tres esferas y con lo que ocurre en los intersticios, es una forma de integrar las siete afirmaciones de las que parte Bajoit, mismas que guían su paradigma relacional

identitario y que son el trasfondo de nuestro ensayo: 1) la sociología no puede comprender la vida social actual si no es colocando al sujeto individual en el corazón de su búsqueda; 2) la vida social implica coacción del colectivo sobre los miembros que forman parte de éste; 3) las coacciones sociales son soportables y eficaces sólo porque tienen un sentido cultural legítimo a los ojos de los individuos; 4) por la práctica de las relaciones sociales, estructuradas por esas coacciones y esos sentidos, los individuos se socializan y forman sus identidades colectivas; 5) las identidades colectivas están atravesadas por tensiones existenciales y los individuos tienen que gestionar estas tensiones para construir su identidad personal; 6) para realizar su identidad personal con, contra, gracias a, a pesar de... los otros, los individuos se comprometen en lógicas de acción social; 7) al comprometerse con esas lógicas de acción, los individuos reproducen y a la vez transforman las coacciones sociales y los sentidos culturales que estructuran sus relaciones sociales (Bajoit; 2008:XIV).

La combinación de las propuestas analizadas nos permite, como sociólogos, tratar de entender cómo se logra que lo social opere en un mundo donde el individuo reina; qué es lo que hacen los individuos para construir su identidad personal, para ser actores de su propia existencia; y ayudar a los individuos de hoy a solucionar problemas de ayer que siguen siendo problemas fundamentales, tales como los que se han originado de las tensiones en el ámbito de lo ecológico, del desarrollo económico, de lo cultural, de lo político –tensiones entre el progreso técnico y la ecología; entre la globalización y el desarrollo económico; entre la igualdad y la exclusión; entre el deber de ser útil y el derecho a ser uno mismo; entre las generaciones, entre otros–, a partir de un paradigma que considere los cambios sociales y culturales actuales. Tengamos presente que, aunque los problemas sociales sean los mismos, éstos se deben resolver de nuevas formas porque los actores sociales no son los mismos, no piensan igual y los movimientos sociales no obedecen a las mismas condiciones.

De esta manera estaremos respondiendo a la preocupación de Guy Bajoit de que los sociólogos de hoy recurran a nuevos instrumentos de análisis: a nuevas perspectivas teóricas, a nuevas herramientas metodológicas, con el fin de ser capaces de analizar los problemas de las sociedades actuales, en gran parte debidos a los grandes cambios sociales y culturales que han ocurrido a partir de las décadas de 1960 y 1970.

Consideramos que hay que contar con un nuevo paradigma o una combinación de paradigmas, porque en todos los campos relacionales en los que estamos viviendo existen individuos que quieren ser actores y sujetos de su propia vida y lograr su realización —que ya no se dejan imponer necesidades sociales, que ya no se dejan determinar por éstas—, y como sociólogos debemos estar preparados, no a decirles qué hacer, pero sí a ayudarlos a entender el mundo en el que actúan, a comprender sus acciones sociales y las repercusiones que éstas pueden tener.

BIBLIOGRAFÍA

- Bajoit, Guy (2008), *El cambio social. Análisis sociológico del cambio social y cultural en las sociedades contemporáneas*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- (2009), “La tiranía del ‘Gran ISA’”, *Cultura y representaciones sociales*, año 3, núm. 6, marzo, pp. 9-24 [www.culturayrs.org.mx/revista/num6/bajoit.pdf], fecha de consulta: 10 de abril de 2009.
- Jodelet, Denise (2009), “El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales”, *Cultura y representaciones sociales*, año 3, núm. 5, pp. 32-63 [www.culturayrs.org.mx/revista/num5/jodelet.pdf], fecha de consulta: 15 de marzo de 2010.
- Lahire, Bernard (2004), *La culture des individus. Dissonances culturelles et distinction de soi*, La Découverte, París.
- Martuccelli, Danilo (2007), “La teoría social y la experiencia de la modernidad”, en *Sociología, sujeto, compromiso. Homenaje a Guy Bajoit*, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile, pp. 15-35.
- Suárez, Hugo J. (2007), “Guy Bajoit: semblanza de la trayectoria del sociólogo”, en *Sociología, sujeto, compromiso. Homenaje a Guy Bajoit*, Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile, pp. 133-143.